

Podrá parecer extraño que yo ahora aquí me disponga a invitar encarecidamente a la lectura —o a la relectura a quien ya la tenga en su bagaje cultural— de la novela de Gustave Flaubert: *La tentación de San Antonio*.<sup>2</sup> Este es el libro básico, a mi parecer, para quien quiera dejarse conmover en su justa medida por una posible “teología de los sentidos” pensada no solo al servicio de una genérica y fácilmente consumible en sentido político “teología del cuerpo”, sino también al servicio de una investigación que desentierre la “diferente” —y radicalmente asimétrica— forma con la que una sensibilidad femenina puede contarnos a Dios.

En ella se narra que el Santo (Antonio Abad, que no debe confundirse con el otro Antonio, el de Padua), reconocido por Cristina Campo como maestro primigenio ahí donde enseña que “nuestro cuerpo es el altar donde nuestro espíritu debe inmolar el alma con todas sus pasiones para que descienda Dios”,<sup>3</sup> es agredido, en el solo arco temporal de una noche, por todas las posibles manifestaciones de la seducción mundana, tal como han sido imaginadas por la mente humana.

Todo ello ocurre a través de una sucesión de representaciones, en figuras o sueño o delirio, que dialogan con las defensas presentadas por el Santo, cada vez de un modo más agresivo, hasta que parece que él cede —y, de hecho, cede— desplomándose en el suelo, “se tiende boca abajo, se apoya en los codos; y, conteniendo el aliento, mira”<sup>4</sup> para volverse puro pasaje de una especie de delirio de la naturaleza convertida en materia a nivel elemental.

“¡Y ya no tiene miedo!”<sup>5</sup>

Qué observa: “pequeñas masas globulosas, grandes como cabezas de alfileres y con pestañas alrededor. Una vibración las agita”.<sup>6</sup>

Antonio exulta: “he visto nacer la vida (...) quisiera (...) bajar hasta el fondo de la materia ;ser la materia!”<sup>7</sup>

La noche ha terminado, aparece la luz del día y en el centro del disco solar brilla para el Santo el rostro de Jesucristo. Haciendo el simple gesto de la señal de la cruz y serenándose con la oración, el Santo recupera la quietud y concluye la novela de Flaubert.

Debe de ser de esta cualidad la fascinación de la que es copartícipe Cristina Campo cuando intenta señalar que es imposible creer que podamos acercarnos a Dios confiándonos a una pura y simple percepción sensorial, sin que nuestros propios sentidos se inviertan y se transfiguren, a través de una especie de violenta resignificación que los ponga a trabajar en una dimensión “sobrenatural”.

Campo utiliza esta palabra, “sobrenatural”, porque no encuentra en sí misma suficiente conciliación entre lo que observa en su propio cuerpo como una urgencia hacia algo que lo trascienda y los límites puramente corporales que, en cambio, desvirtúan la raíz de ese mismo deseo. Mientras que los modelos que escoge la obligan, casi a su pesar, a lidiar con una verdad banal: no es cierto que para acercarse a Dios sea obligatoria la mortificación de los sentidos; al contrario, es precisamente cuando no quedan mas que la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto donde hay Dios. Lo que parecería necesario mortificar no es tanto la forma de penetrar en las cosas “literalmente” desde el punto de vista sensorial, sino más bien todas las incrustaciones y las proyecciones que sobre las cosas, continuamente, construye el yo dominador. Porque por más que el yo del ser humano pueda acercarse a las cosas creadas con el poder de nombrarlas y, por lo tanto, en cierto modo con el poder de hacerlas ser, no las domina, pues el dominio, por estatuto, es custodiado en las manos de la acción amorosa y, por eso, creadora de Dios.

Todo ello puede comprobarse fácilmente leyendo “Itinera-

rio de reflexiones” de Carla Lonzi,<sup>8</sup> sobre todo cuando se refiere a un yo “como vacío cultural (...) que constituye el presupuesto para un redescubrimiento de nuestro cuerpo”.<sup>9</sup>

“También las santas —escribe a continuación— a menudo me han parecido caracterizadas por ese vacío cultural, que les permitió vivir su propia identidad al límite de la locura.” Las santas le sirven a Lonzi para representar modelos de emotividad erótica desatada del deseo sexual orientado exclusivamente a la procreación y, por tanto, dirigido obligatoriamente hacia el semen masculino. La prefiguración de la “identidad femenina”, a la que Lonzi, con su reflexión, da inicio llamándola clítorica, y de la que también las santas serían modelo, no renuncia al cuerpo, sino que lo convierte, más bien, en el fundamento de la propia autonomía. Eso ocurre a través de una consolidación en “gestos auténticos de concentración sobre sí”,<sup>10</sup> donde, según una práctica de vaciado de las incrustaciones patriarcales que han contaminado el volverse persona humana de las mujeres, surge en otro lado la “necesidad de humanidad como presencia de sí”.<sup>11</sup>

Carla Lonzi no parece especialmente interesada en las narraciones de una particular experiencia de lo divino en la existencia humana, algo que, en cambio, interesa muchísimo a Cristina Campo. Ambas, sin embargo —una con la intención de dibujar los contornos de una libertad femenina vivible aquí y ahora, la otra con la intención de vislumbrar caminos especiales que permitan vencer los miserables límites de la naturaleza humana—, se concentran en un itinerario que, a las duras y a las maduras, no se aleja de una indiscutible práctica del sí como centro que identificar, que reconocer, que cultivar, que usar.

Si el tema de nuestro discurso es intentar declinar, de algún modo, un camino sensorial de acceso a Dios, hay que subrayar que todo lo que compete a Dios trasciende el sí y cualquier sí, se entienda como se entienda. Dios, de hecho, es palabra que quisiera expresar hasta el infinito

todo aquello que no es comprensible en el ámbito de un sí humano aun siendo copartícipe de todos los sí presentes en el mundo.

Todas las prácticas de aproximación a Dios son similares: recluirse, excluirse del mundo, silenciarse, meditar, rezar siguiendo fórmulas repetidas como mantras orientales... Todas estas prácticas tienen como elemento de partida imprescindible la sustracción de sí para dejar espacio a algo otro que no se limite al propio sí.

Con todo, para cada una de ellas parece también ineludible la consecución precisamente de una completa concentración sobre sí. De esta, sin embargo, apenas conseguida se descubre inmediatamente el fracaso, y de ahí, en cierto sentido, parte el inicio de un auténtico camino hacia Dios. Que luego, para todos, santas y santos, no es mas que la descripción de un sereno y tranquilo aceptarse como se es. Permanecer ahí (en oración, precisamente) en la contemplación que, al fin y al cabo, no es sino libertad.

Esta libertad de sí que los santos y las santas conquistan liberándose de sí mismos y abandonándose totalmente a la obra transfiguradora del amor de Dios, es la razón de su belleza. En efecto, son todos bellos, los santos y las santas, bellos por como se muestran, bellos por lo que dicen y en lo que dicen. Y es su belleza lo que los convierte en mode-los seductores de virtud. “Embelléceme” invoca, de hecho, Metafraste, citado por Cristina Campo en su texto.<sup>12</sup> La belleza reconocible en los rasgos del cuerpo es aquella que el Santo invoca, esa irresistible belleza que es tal porque prefigura una especie de invasión del espíritu en la carne, el cual se vuelve real y concretamente tangible cada vez que, en el amor —incluso en el amor solo humano, imaginémo-nos en el divino—, uno se instala en la vida del otro; uno es comprendido por el alma del otro y, en esta transmutación, está tan sencillamente bien que no pide nada más.

Me vienen a la cabeza las palabras que Marguerite

Yourcenar pone en boca del emperador Adriano cuando quiere que describa el amor que siente por Antínoo.<sup>13</sup> Él lo describe más o menos así, cito de memoria: “un juego misterioso que va del amor a un cuerpo al amor a un ser humano”. Pero, pero... si hablamos del amor de Dios parecería que su juego misterioso opera al revés de como nos lo describe Adriano. En lugar de ir del amor a un cuerpo al amor a un ser humano, Dios a través del amor al ser que ha creado ama nuestros cuerpos uno a uno, con independencia de cuánta potencia de ser consigan expresar, los ama uno a uno, pura materia como son: el mío... el tuyo... el del bebé... el de su madre... aquel que a través de ella se ha dado... el propio cuerpo desnudo, matado y alzado en la cruz. Como si en la cima de la cumbre más alta de la omnipotencia amorosa de Dios no se encontrara nada más que un cuerpo humano clavado a una cruz plantada de cualquier modo en la tierra yerma.

Estos cuerpos, el amor de Dios, los atraviesa, los transfigura, los “embellece”... los vuelve nuevos, los hace re-surgir y los vuelve buenos. Pero ciertamente no con esa bondad gazmoña con la que nos suele gustar consolarnos, sino más bien con una bondad sentimental, en la que el sentimiento piadoso recupera la esencia primitiva de la compasión, del compartir todo el ser, limpiado por la satisfacción de “sentirse bueno”.

Así limpiado, el ser resplandece con una belleza soberana por encima de todas las fealdades de la criaturalidad humana. El ser se vuelve inevitablemente bello con una verdadera belleza. Aquella con la que nos deleitamos llenos de maravilla, cuando la bondad transfigura las facciones y las serena.

A nosotros mismos, a nuestros sentidos y a través de nuestros sentidos, estos nos son primero des-velados y luego re-velados por otro esplendor. Un esplendor fácil, que se entiende casi por instinto, como por arte de magia.

Dios, de hecho, no está en las cosas difíciles. Habita con más gusto en las fáciles.

Descubrirlo, para una mente humana que solo confía en sus alquimias elucubradoras, es un poco como ir contra natura. Requiere esa contorsión de los propios mecanismos de defensa que se precisa cuando se desempeñan algunos oficios, como, por ejemplo, el de los bomberos. Ellos van al lugar de donde todos huyen. O como el de los poetas, que también van al lugar de donde todos huyen.

Por eso me complace concluir mi texto con una poesía o, para ser más precisa, con un soneto sacro, el XIV de John Donne:

Golpea mi corazón, Dios de las tres personas; pues tú hasta ahora solo llamas, respiras, iluminas y tratas de enmendar; para que yo pueda levantarme y resistir, derríbame y dirige tu fuerza a quebrarme, reventarme, quemarme y hacerme nuevo.

[...]

Divórciame, desata o rompe ese nudo de nuevo;  
llévame a ti, encarcélame, pues yo,  
a menos que me esclavices, nunca seré libre,  
ni jamás seré casto, a menos que tú me violes.<sup>14</sup>

¿Qué más puede añadirse salvo que es poco frecuente encontrar un alma femenina más inerme y, confundido con ella, un corazón masculino más dispuesto a deshacerse de sí mismo?

Recepción del artículo: Noviembre de 2011. Aceptación: Diciembre de 2011.

Palabras clave: Teología de los sentidos — Teología del cuerpo — Gustave Flaubert — San Antonio Abad — Deseo — Libertad femenina — Dios — Amor — Marguerite Yourcenar — Belleza.

*Keywords:* Theology of the senses — Theology of the body — Gustave Flaubert — San Antonio Abad — Desire — Feminine freedom — God — Love — Marguerite Yourcenar — Beauty.

**notas:**

1 Traducción del italiano de Agnès González Dalmau.

2 Gustave Flaubert, *La tentazione di Sant'Antonio*, tr. it. de Agostino Richelmy, Turín: Einaudi, 1990. [Se han editado varias traducciones al castellano —por ejemplo: *La tentación de San Antonio*, tr. de Germán Palacios Rico, Madrid: Cátedra, 2004—, pero en este artículo los fragmentos citados han sido traducidos del francés por la misma traductora].

3 Cristina Campo, “Sensi soprannaturali”, en *Gli imperdonabili*, Milán: Adelphi, 1987, p. 245 [“Sentits sobrenaturals”, tr. cat. de Agnès González Dalmau y Àngela Lorena Fuster Peiró, en este mismo número de *DUODA*, p. 34-51].

4 Cit., p. 45.

5 Ibíd., p. 45.

6 Ibíd., p. 45.

7 Ibíd., p. 47.

8 Carla Lonzi, “Itinerario di riflessioni”, en *E' già politica*, Milán: Scritti di Rivolta Femminile, 1977 [“Itinerario de reflexiones”, tr. cast. de Agnès González Dalmau y Àngela Lorena Fuster Peiró, en este mismo número de *DUODA*, p. 52-86].

9 Ibíd., p. 22 [p. 60].

10 Ibíd., p. 24 [p. 62].

11 Ibíd., p. 24 [p. 62].

12 Cit., p. 238 [p. 45].

13 Marguerite Yourcenar, *Le Memorie di Adriano*, Turín: Einaudi, 1963 [Memorias de Adriano, tr. cast. de Julio Cortázar, Barcelona: Planeta, 2000].

14 Traducción italiana de Antonio Spadaro en “Quando la poesia diventa preghiera”, *La Civiltà Cattolica* 3864 (18 de junio de 2011, año 162).

La versión original citada en el mismo artículo: *Batter my heart, three person'd God; for, you / As yet but knocke, breathe, shine, and seeke to mend; / That I may rise, and stand, o'erthrow mee, 'and bend / Your force, to breake, blowe, burn and make me new. Divorce mee, 'untie, or breake that knot againe;*

/ Take mee to you, imprison mee, for I / Except you'enthall mee, never shall be  
free, / Nor ever chast, except you ravish mee.

[Se han editado numerosas traducciones al castellano de los sonetos de John Donne —por ejemplo: *Obra poética completa*, tr. de Enrique Caracciolo Trejo, Barcelona: Ediciones 29, 1985— pero en este artículo el poema ha sido traducido del inglés por la misma traductora.]